

Encuentro con Noam Chomsky

Alfredo Prieto González

Ensayista y editor. Revista Temas.

Conocí a Noam Chomsky, en el verano de 1993 en Cape Code, una playa de Massachusetts, mediante un amigo común, el profesor y también activista político, Eqbal Ahmad. Me llevó a verlo una entrañable colega que enseña en una universidad de ese estado, y cuando me presenté ante él lo llamé «profesor», a lo que me respondió con una rápida sonrisa cómplice: «No me digas profesor. Eso solo lo hacen mis enemigos. Simplemente, Noam». Y con esa manera de romper el hielo, tuve acceso desde el principio a su modestia, que en él no es una pose, sino un rasgo de carácter. Estuvo hablando conmigo mucho rato, con su tono de voz más bien pausado y bajo, como quien sugiere y no dictamina, aunque de hecho sus respuestas tuvieran el mismo valor que un libro sólido y bien pensado o una clase magistral. Siempre he aprendido algo nuevo hablando con él, y no solo sobre los Estados Unidos.

A fines de los años 60, desde su cátedra en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), Noam Chomsky ya había revolucionado la lingüística. Se ha dicho que es «el más importante intelectual vivo», y que —se esté acuerdo con él o no— siempre se pierde al no escucharlo. Un rápido recorrido por su vasta obra politológica, que he estado leyendo desde los años 80, denotaría las obsesiones de este hombre: el poder, el control social, el papel de los intelectuales orgánicos del capitalismo (los «nuevos mandarines»,

les llama), las raíces de la política exterior norteamericana, las corporaciones transnacionales, el poder de los medios de difusión en la «manufactura del consenso», la democracia, el neoliberalismo, el terrorismo. He vuelto sobre estos hilos recurrentes en su obra para tejer esta entrevista habanera —al cabo de una visita largamente esperada— durante un descanso en el último Congreso del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), y poco antes de su conferencia sobre la nueva estrategia de seguridad de los Estados Unidos, uno de los análisis más profundos y abarcadores que he escuchado sobre el tema y una de las motivaciones de su último libro, *Hegemony or Survival. America's Quest for Global Dominance*, que acaba de ser publicado este año por una editorial neoyorkina.

Temas pone a disposición de sus lectores este encuentro con la palabra viva de Noam Chomsky, uno de los pensamientos críticos más estructurados y completos de nuestra época.

Alfredo Prieto: ¿Cómo se empieza creando la gramática generativa y transformacional, y se llega a generar una manera nueva y transformadora de estudiar el poder y la ideología dominante? ¿En qué medida una cosa lo condujo a la otra?

Noam Chomsky: En realidad existe muy poca relación. Pero en lo que respecta al orden cronológico, la

lingüística fue posterior. En mi juventud, durante los años finales de la Gran Depresión, fui un activista político, y también posteriormente, durante la Segunda guerra mundial. En esa época estaba involucrado en diversos grupos de activismo. De hecho, escribí mi primer artículo en 1939; recuerdo la fecha con exactitud porque fue inmediatamente después de la caída de Barcelona; su tema era el avance del fascismo en Europa. Esos eran mis intereses cuando todavía ni siquiera había oído hablar de lingüística.

Después me interesé en la lingüística, y a partir de ese momento he vivido una suerte de vidas paralelas. Existen algunas conexiones, en un nivel muy abstracto, que tienen connotaciones históricas interesantes —de hecho, he escrito sobre ellas— en el terreno de la historia intelectual, no en el terreno aplicado. Si se mira hacia la Ilustración —ese período problemático, de cuya herencia surgió el propio Marx—, veremos que entonces se estableció una conexión entre la observación de que el lenguaje humano tenía un aspecto creativo que lo hacía singular —que no existía en otra dimensión de la naturaleza— y la concepción clásica liberal de que la libertad era un instinto humano fundamental, de modo que cualquier sistema social que restringiera o limitara dicha libertad era ilegítimo. Eso está en Rousseau, en el segundo *Discurso sobre la desigualdad*, y en Hobbes, que son los verdaderos fundadores del liberalismo clásico, y que establecen esas conexiones de manera bastante explícita, aunque se trata de una relación más espiritual que lógica. Ellos encuentran esa analogía en la capacidad de la mente humana a partir de la imaginación creadora, la libertad, la remoción de los límites, la legitimidad vinculada con la ausencia de restricciones externas. Y durante cientos de años se consideró que el lenguaje era la demostración más fehaciente de lo que podríamos llamar acción creativa, la más obvia —aunque no la única— demostración de la normal creatividad de los seres humanos.

Lo cierto es que si se examina la antropología y la historia de la evolución, se encuentran indicios bastante claros de que todos los seres humanos provenimos de un grupo inicial reducido que existió hace solamente cincuenta o sesenta mil años, que es un período brevísimo en términos de la evolución, de modo que todos somos más o menos primos. Aproximadamente en ese momento, hace unos sesenta mil años, empiezan a aparecer súbitamente en el registro arqueológico elementos de creatividad (algunos ejemplos son las pinturas de Lascaux, las prácticas de enterramiento, la fabricación de herramientas). Todas estas actividades habían sido sumamente repetitivas durante mucho tiempo, y de repente se hicieron muy imaginativas, muy creativas. Todo indica que algo sucedió. Y ese fue, probablemente, el momento en que surgió el lenguaje.

Por consiguiente, parece formar parte de este súbito avivamiento de la capacidad creativa. Desde el punto de vista de la evolución, estamos hablando de un período muy corto. Pero esa es la única relación que existe entre ambas cosas, y es bastante remota. No podemos hablar de consecuencias directas.

A.P.: *Usted escribió un ensayo muy conocido sobre la lingüística cartesiana, donde analiza los aportes y las limitaciones del racionalismo occidental temprano. ¿En qué medida ese análisis lo ayudó a ejercer una crítica de la cultura occidental, y de su sistema de signos y valores, es decir, a una crítica de las formas modernas de la hegemonía cultural burguesa?*

N.C.: Como te mencioné antes, en términos cronológicos fue más bien lo contrario. Yo había llegado a ideas más o menos similares sobre la libertad humana, los asuntos económicos y sociales, la naturaleza de la dominación y el control, las sociedades pasadas y presentes, mucho antes de comenzar a estudiar textos de los siglos XVII y XVIII. Es posible que mi historia anterior de activista le haya dado profundidad histórica a esa lectura. Pero mucho antes, ya había leído a pensadores anarquistas y sus planteamientos sobre la necesidad de ofrecerle todas las opciones posibles a lo que llamaban «el instinto de la libertad», que consideraban la médula de la naturaleza humana. Hay pasajes semejantes en Marx, aunque él no estaba tan interesado en ese tema.

A.P.: *Esta pregunta es el título de un famoso libro: ¿Quién gobierna hoy a los Estados Unidos?*

N.C.: Los Estados Unidos han sido desde hace al menos doscientos años, y siguen siendo en la actualidad, en lo fundamental, una sociedad gobernada por intereses de negocios. James Madison, que ayudó a conformar la Constitución, tenía una suerte de pensamiento más o menos precapitalista. Pensaba que el país debía ser dirigido por lo que llamaba «estadistas ilustrados» y «filósofos benévolos», caballeros precapitalistas, cuyos intereses primordiales serían los de la nación, al tiempo que el pueblo se mantendría marginado, no intervendría en las deliberaciones. Pero llegó a darse cuenta muy pronto de que eso no funcionaría. Ya en 1792 le preocupaba que los crecientes intereses de negocios, lo que él llamaba *stock jabsers*, y que nosotros llamaríamos capital financiero o corporaciones centrales del capitalismo, o algo así, se convirtieran en lo que calificaba de herramientas y tiranos del gobierno, es decir, que controlaran el gobierno y al mismo tiempo fueran sus instrumentos, y que eso a su vez causara que un número creciente de personas desposeídas ansiara una parte del botín y participara en la sociedad, lo cual representaría un peligró.

A todo lo largo del siglo XIX —es una historia compleja, pero hablando en términos generales—, el poder tendió a concentrarse. A fines de siglo, el carácter de las corporaciones sufrió un cambio radical por decisión judicial, no por ley. Hasta ese momento, se podía formar una corporación para construir un puente que atravesara un río, y se obtenía una licencia para realizar esa acción específica; tres o más personas podían formar una corporación para llevar a cabo una actividad, y ahí terminaba todo. Pero a lo largo del siglo XIX, los tribunales fueron cambiando lentamente, y a inicios del XX hicieron una transformación radical: crearon entidades corporativas a las que les concedieron los derechos de las personas; de modo que se convirtieron en «personas», pero personas abstractas. Esta idea de entidades corporativas que tienen derechos de individuos está también en el fascismo. El corporativismo es una de las formas del totalitarismo: un totalitarismo concedido por los tribunales.

Estas entidades corporativas, que ya eran enormes, crecieron hasta hacerse monstruosas, y actualmente disfrutan de muchos más derechos que los seres humanos, de modo que, por ejemplo, General Motors en México exige «tratamiento nacional», esto es, que se le considere una corporación mexicana, pero un mexicano de carne y hueso no puede ir a Nueva York y pedir que se le trate como un ciudadano estadounidense. Eso quiere decir que las corporaciones tienen hoy muchos más derechos que los individuos —y además, son creadas y mantenidas por el Estado—, pero son diseñadas como personas patológicas, de modo que si un ser humano real tuviera las propiedades de una corporación, lo enviaríamos a un psiquiatra.

La ley les exige a las corporaciones interesarse únicamente en la maximización de las ganancias de los accionistas. El director de una corporación, que bien puede ser una persona agradable, tiene la obligación legal de ser un monstruo, de hacer todo lo necesario para aumentar las ganancias y los mercados de su corporación, y si hace otra cosa, puede quedar sujeto a un proceso penal. Y si una corporación emprende una acción de beneficencia, solo lo hace con el propósito de incrementar las ventas, mejorar su imagen, o algo por el estilo. En resumen, los tribunales y el Estado han creado un monstruo que es, por su naturaleza institucional, patológico.

Además, tienen que abarcar cada vez más: son como una enfermedad contagiosa que se expande. En la actualidad existe una especie de mercado sumamente limitado en el cual esas corporaciones mantienen relaciones de competencia, pero también de cooperación. Establecen lo que denominan «alianzas estratégicas», mediante las cuales operan conjuntamente; de modo que si se compra un auto de la General

Motors, algunas de sus piezas habrán sido hechas quizás por una corporación japonesa.

Existe, entonces, esa red de corporaciones extraordinariamente poderosas y ricas vinculadas a un Estado muy poderoso, y eso incrementa mucho el grado en que el poder privado gobierna a los países. A partir de los últimos treinta o cuarenta años, su carácter es multinacional. Por tanto, esto constituye una parte sustancial —no diré que el ciento por ciento— de la esencia de la manera en que se gobierna: Estados poderosos vinculados con tiranías privadas, a las que alimentan, y cuyo carácter patológico garantizan, y a las que tratan de ayudar en su intento de abarcar cada vez más espacios previamente públicos, de modo que la arena pública se contrae cada vez más.

Esta tendencia se ha tornado extrema en las condiciones del neoliberalismo, que es, básicamente, una doctrina cuyo objetivo es la destrucción de la democracia mediante la eliminación del espacio público, al poner las decisiones gubernamentales, en lo fundamental, en manos de los mercados financieros, porque estos realizan, esencialmente, lo que algunos economistas denominan «referendos sobre las políticas gubernamentales», referendos constantes. Por ejemplo, ese es el caso de las políticas monetarias, el caso de Brasil en la actualidad, un país que quiere llevar adelante reformas y no lo puede hacer porque el gobierno no es quien gobierna, sino los centros financieros internacionales. A eso es a lo que algunos economistas denominan el «parlamento virtual», el que verdaderamente toma las decisiones para controlar el movimiento de los capitales y otros asuntos similares.

Y lo mismo ocurre dentro de los Estados poderosos. Los Estados Unidos, por ejemplo, no son tan susceptibles a los mercados internacionales como, digamos, Brasil. El FMI puede darle órdenes a Brasil, pero no a los Estados Unidos, porque el FMI no es más que un apéndice del Departamento del Tesoro. Pero, aun así, en lo interno la situación es muy parecida.

Tomemos, por ejemplo, las elecciones. Básicamente, son una competencia entre grupos de inversionistas empeñados en asumir el control del Estado. Y la población lo sabe, de manera que está muy descreída en lo que se refiere al sistema electoral. Esa es la razón por la cual a la mitad de la población no le interesa participar en las elecciones. Y la mitad que sí participa no lo hace en defensa de sus intereses, hasta el punto en que existe cierta limitada diferencia entre los candidatos que se presentan en la arena política. Y esa diferencia es muy limitada porque, en realidad, no se puede entrar en ese terreno sin disponer de enormes riquezas. Existen ciertas diferencias, pero son realmente marginales entre los candidatos.

Durante las últimas elecciones, los científicos políticos realizaron múltiples investigaciones sobre la

Los presidentes son, básicamente, actores. Se les entrena cuidadosamente para proyectar una cierta imagen. Bush, por ejemplo, fue entrenado para tener una imagen severa, con la vista clavada a lo lejos. Prácticamente todos los artículos que se escriben sobre Bush, hacen referencia a su «visión». Es una convención periodística: la «visión de esto», «la visión de aquello», la «lucha en pro de esto».

actitud de las personas, sobre lo que piensan acerca de las elecciones, etc., y lo que salió como resultado fue que el llamado «conocimiento de los temas» —es decir, el conocimiento de las posiciones de los candidatos acerca de cada uno de los temas—, había llegado a un récord mínimo histórico. La mayoría no tenía la menor idea de esas posiciones. Y la población sabe también, y lo expresa, que eso se hace intencionalmente. Los departamentos de relaciones públicas entrenan a los candidatos para que no adopten posiciones claras sobre los temas, y se supone que todo se centre en las llamadas «cualidades», es decir, en que el candidato se muestre como una persona agradable, a la que se desearía conocer personalmente, que aparezca como un líder fuerte, sin que haya que concordar con sus programas.

En general, la población no concuerda con ninguno de los dos candidatos y con todo un conjunto de programas. Por ejemplo, en lo que concierne a los temas de la economía internacional, la llamada globalización, hay una fuerte oposición en el seno de la población a la mayoría de sus medidas. Las élites, por supuesto, están muy a favor de ellas. El resultado, entonces, es que esos temas no salen en las elecciones. Las elecciones del año 2000, de nuevo, nos brindan un ejemplo muy ilustrativo. El principal tema que estaba surgiendo justo en ese momento era el del ALCA. Tres meses después se iba a celebrar una reunión hemisférica en Quebec para discutirlo. La población tiene opiniones fuertes sobre estos temas, opiniones que, en lo fundamental, son contrarias a los planteamientos de ambos partidos. Por tanto, la cuestión no apareció en las elecciones. De hecho, nadie se enteró de la celebración de la reunión de Quebec hasta que, una vez que comenzó, no quedó más remedio que informar acerca de las manifestaciones de oposición que tuvieron lugar en su momento, pero eso fue todo lo que supo la población: nadie estaba enterado de los temas en debate. Y lo mismo ocurrió cuando se aprobó el Tratado de Libre Comercio. No se permitió su discusión, porque la población estaba opuesta al Tratado.

Lo mismo pasa con otras cuestiones. Tomemos el caso de los seguros de salud. En los Estados Unidos,

cuarenta y cinco millones de personas no tienen seguro de salud, y los costos de la salud ya están fuera de todo control, al tiempo que son transferidos cada vez más de las manos de las empresas a las manos de los individuos. Esa es la preocupación fundamental de la población norteamericana. Y en muy contadas ocasiones se incluyen preguntas sobre este tema en las encuestas, porque no se quiere que la población sepa más sobre el asunto. Cuando se pregunta sobre él, lo que sale es un apoyo muy fuerte a la idea de un seguro de salud nacional. Nadie sabe exactamente qué significa eso, porque nunca se ha discutido un modelo posible, pero se asume que consiste en que el Estado se encargue de que todas las personas cuenten con atención de salud. En la última encuesta, realizada hace unas dos semanas, alrededor de 80% de la población se mostró a favor de aumentar los impuestos a cambio de garantizar que todo el mundo tenga un seguro de salud. Y eso es bastante usual, pero si se llega a mencionar el tema, se le añade la coletilla de «políticamente imposible». Y eso significa que alrededor de 80% de la población está a favor, pero el mundo de los negocios está en contra, y por tanto, es «políticamente imposible». Y hay que resignarse a tener un sistema de atención de salud sumamente ineficiente, con mucha burocracia, con compañías de seguros que monitorean lo que hacen los médicos, y en el que los médicos gastan, probablemente, 40% de su tiempo llenando planillas, mientras que los pacientes se ven sometidos a largas esperas. Es extremadamente ineficiente. Los costos de salud per cápita en los Estados Unidos son, con mucho, los mayores del mundo, y sus resultados no son en particular sobresalientes, probablemente estén al mismo nivel que los de Cuba —un país cuya economía es, obviamente, mucho menor— y muy por debajo de los de otros países industrializados. Pero la cuestión se tilda de «políticamente imposible», sin importar qué porcentaje de la población se manifiesta a favor. Y, además, la gente que está a favor no sabe que forma parte de una mayoría: estas encuestas prácticamente no son reproducidas. Solo si uno se dedica a estudiar estos asuntos se entera de cuáles son las actitudes de la

población, de modo que si una persona contesta en una encuesta que piensa que debe existir un seguro nacional de salud, suele creer que es la única persona en el mundo que lo piensa, y eso tiende a reducir el apoyo. Nadie intenta promover la organización en torno al asunto.

Todo ello indica quién gobierna el país. Y lo mismo sucede en relación con otros temas. De hecho, existe una especie de ilusión creada por el sistema propagandístico en el sentido de que Ronald Reagan era muy popular, muy amado, un presidente extraordinario; pero en la década de los 90 la población estaba muy opuesta a sus políticas, y terminó por ser el ex presidente vivo menos popular. Pero su imagen es diferente; y en cierto sentido es correcta; porque si se pregunta si es una buena persona, la respuesta más probable es «sí, me recuerda a mi tío». Esa fue la imagen creada por la industria de las relaciones públicas. Los presidentes son, básicamente, actores. Se les entrena cuidadosamente para proyectar una cierta imagen. Bush, por ejemplo, fue entrenado para tener una imagen severa, con la vista clavada a lo lejos. Prácticamente todos los artículos que se escriben sobre Bush, hacen referencia a su «visión». Es una convención periodística: la «visión de esto», «la visión de aquello», la «lucha en pro de esto». En lo referido a sus relaciones con otros líderes mundiales, se enfatiza lo «instintivo», cómo «mira fijamente a sus ojos y escudriña sus almas». Eso ocurrió en el caso del Medio Oriente. Se habló mucho de su «visión». No se hace ningún comentario acerca del contenido de esa visión. Nadie sabe de qué se trata, pero se espera que todo el mundo lo admire por sus cualidades de «visionario», de líder fuerte. Se puede odiar sus políticas, pero los temas no salen a la palestra. Se trata de un reflejo de la estructura institucional de la sociedad. El sistema político de los Estados Unidos es muy concentrado y dirige a la sociedad de manera muy sofisticada. Se invierte mucha energía en el control y en la modificación de las actitudes y creencias de la población.

Por tanto, los norteamericanos se sentirían conmocionados —y de hecho así se sienten— si se les dice, como hago yo en mis conferencias, que los Estados Unidos deberían tratar de aprender sobre la democracia de un país como Brasil, que sí tiene una democracia. Eso les resulta conmocionante. Pero es cierto. En Brasil resulta posible que un movimiento popular de masas adquiera la fuerza suficiente para vencer la concentración del capital. En los Estados Unidos eso resulta impensable, inimaginable, lo que implica que cuando la gente reflexiona sobre el asunto, se percata de que incluso las bases para una democracia que funcione no son el mantra que se les ha enseñado a repetir: que se trata de la sociedad más democrática del mundo. El

hecho de que los Estados Unidos no toleren sociedades democráticas no sometidas a su control es ampliamente desconocido, a no ser en círculos de académicos o de activistas.

A.P.: *La hipótesis de que el móvil de las guerras de Afganistán y de Iraq es el petróleo —muy manejada en sectores del pensamiento crítico y en las manifestaciones contra la guerra en todo el mundo—, ¿le resulta convincente o reduccionista?*

N.C.: Es parcialmente cierto, pero no hay que exagerar. Una de las razones fundamentales de la invasión norteamericana a Iraq —en realidad, habría muchas razones—, es que ese país está justo en el centro de la principal región productora de energía del mundo. Es muy posible que los Estados Unidos terminen teniendo bases militares en un Estado cliente para controlar la segunda reserva mundial de petróleo. Fuera cuales fuesen las otras razones para invadir Iraq, no habrían sido suficientes de no existir esta. Sin embargo, una razón fundamental para la invasión fue simplemente ilustrar que el gobierno de Bush tomaba con mucha seriedad la estrategia de seguridad nacional que había anunciado, en la que se declara el derecho de los Estados Unidos a atacar cualquier blanco que consideren un peligro potencial para su dominación mundial. Cuando se anuncia una estrategia como esa, es necesario hacer algo para que la gente la tome en serio, hay que atacar a alguien, e Iraq era un candidato obvio, en comparación, por ejemplo, con el Congo, porque es una posesión valiosa, mientras que el Congo no lo es. De modo que sí, ese es un factor fundamental, al igual que de todo lo que sucede en esa región, pero no es necesariamente el determinante. El control del petróleo es una preocupación permanente. Pero hay otros factores.

A.P.: *La guerra en Iraq no ha sido lo que se anunció a la población norteamericana. Según la propaganda oficial, se esperaba que los soldados norteamericanos iban a ser recibidos como héroes y los iraquíes les tirarían flores por haberlos liberado del yugo de Saddam Hussein. Hoy la resistencia iraquí —a pesar de todo lo dispersa que se quiera— está causando bajas cotidianamente. Algunos sugieren un escenario de callejón sin salida como el de Vietnam. ¿Qué cree usted?*

N.C.: No creo que la comparación con Vietnam sea muy buena, aunque se hace constantemente. Las situaciones son por completo diferentes. Francamente, me resulta muy sorprendente el poco éxito de la ocupación. Parecería un ejemplo casi perfecto de lo que debía ser una ocupación exitosa. Por lo general, las ocupaciones militares son muy exitosas, incluso en las circunstancias más difíciles. Por ejemplo, pensemos en los nazis en Europa: no tuvieron demasiados problemas para administrar la Europa ocupada. Los países eran dirigidos por colaboradores, los gobiernos

eran de los propios nacionales, las fuerzas de seguridad y de la policía eran locales. Los alemanes permanecían en el trasfondo, pero no tenían que ocuparse de las cuestiones cotidianas. La policía francesa se ocupaba de esos asuntos. Y lo mismo ocurría con los soviéticos en Europa Oriental. Los soviéticos no gobernaban directamente en Europa Oriental; era gobernada en el día a día por fuerzas políticas y militares locales. E igual sucede en lo que respecta al control norteamericano de Centroamérica: el gobierno de El Salvador no se ejerce mediante fuerzas norteamericanas, sino locales. Solo si la situación se descontrola, las tropas norteamericanas intervienen.

Iraq era un caso mucho más fácil. Sufrió diez años de sanciones que devastaron la sociedad. Por más terrible que haya sido Saddam Husein, había usado los recursos provenientes del petróleo para el beneficio social y económico de grupos de la población, e Iraq tenía tasas aceptables en términos de salud, mortalidad infantil, educación; pero todo eso fue destruido. En el lapso de una década, las tasas de mortalidad infantil se incrementaron hasta ser comparables con las de Cambodia. El país se vio sometido a un acoso militar constante. Los Estados Unidos procedieron a bombardearlo y a someterlo a una vigilancia permanente. La resistencia que podía seguir existiendo en Iraq no contó con ningún apoyo externo. No fue como el caso de los guerrilleros en Europa durante la ocupación nazi, que recibieron apoyo del exterior por parte de los soviéticos, los británicos y los norteamericanos.

Por eso es muy sorprendente el resultado. Es una extraña combinación de arrogancia e incompetencia lo que ha logrado despertar una resistencia. Y nadie puede predecir qué sucederá. Sean cuales fueren las visiones que tenían de Iraq, el país no estaba vinculado al terrorismo. Cualquier agencia de inteligencia del mundo puede confirmar este hecho. Sin embargo, los servicios de inteligencia también nos permiten saber que el número de miembros de las organizaciones tipo Al Qaeda ha aumentado después del ataque norteamericano. Si se amenaza a un país, sus habitantes tratarán de crear algún tipo de contención contra ese ataque, ya que nadie se acerca a los Estados Unidos en términos de poderío militar. Por tanto, se apelará a las armas que están al alcance de los débiles: las armas de destrucción masiva. Antes de la guerra, se predijo que la estrategia de seguridad nacional —lo predijeron varios expertos y las agencias de inteligencia— y la invasión, darían por resultado una proliferación de las armas de destrucción masiva. Y eso es probablemente lo que está ocurriendo. Resulta extremadamente difícil predecir lo que va a suceder en zonas que han permanecido bajo un control

dictatorial, sin participación popular, por largo tiempo. Es muy difícil predecirlo. No es como Viet Nam.

En Viet Nam, los Estados Unidos invadieron para tratar de destruir un movimiento nacionalista popular, y en parte lo lograron, ya que devastaron el país, aunque no pudieron aplastar el movimiento. La situación en Iraq es totalmente distinta. No hay un movimiento nacional. Los iraquíes tienen sus propios intereses y preocupaciones, pero los Estados Unidos no están tratando de derrotar un poderoso movimiento nacionalista profundamente enraizado en la población. Además, el ataque a Viet Nam fue infame, pero los Estados Unidos estaban frenados por las implicaciones internacionales del asunto. Así, por ejemplo, el principal blanco de los ataques en el caso de la guerra de Viet Nam fue Viet Nam del Sur, porque no planteaba complicaciones internacionales. Por tanto, podían hacer más o menos lo que querían en Viet Nam del Sur: bombardeos de saturación, destrucción del país. En el caso de Viet Nam del Norte había ciertos límites. Los Estados Unidos no podían bombardear indiscriminadamente Hanoi y Haiphong, porque eso habría implicado bombardear buques soviéticos, la embajada sueca, etc. Pero en Iraq eso no ocurre.

A.P.: *Hay una teoría muy difundida que sostiene la idea de que el 11 de septiembre fue un autogolpe de la clase política norteamericana —o un sector de esta— para poder tener una justificación y operar del modo en que lo está haciendo alrededor del mundo. ¿Qué piensa sobre esta interpretación?*

N.C.: Conozco el argumento. Se ha comentado mucho en libros, Internet, etc., y creo que es extremadamente poco convincente. En primer lugar, es cierto que el gobierno de los Estados Unidos aprovechó la oportunidad, pero lo mismo hicieron todos los demás gobiernos del mundo. Siguiendo esa misma lógica se podría afirmar que los rusos fueron los responsables del 11 de septiembre, porque lo usaron de inmediato como excusa para incrementar el nivel de sus atrocidades terroristas en Chechenia. Se podría decir que lo hizo Israel, que aumentó sus atrocidades en la margen izquierda. La realidad es que casi todos los gobiernos del mundo percibieron que constituía una oportunidad para disciplinar a su propia población y llevar a cabo acciones represivas. Fue casi general. La mayoría de los países crearon alguna legislación de protección contra el terrorismo, que por lo general no tiene nada que ver con el terrorismo, sino con el disciplinamiento de la población propia.

Por tanto, es cierto que fue aprovechada, pero no por eso se puede afirmar que la perpetraron. Hay muchas cosas que no han sido explicadas: ¿por qué pasó?, ¿por qué no se desvió a los aviones a tiempo? Pero se trata de evidencias poco convincentes. Si se

toma cualquier acontecimiento histórico, se encuentran multitud de cosas que permanecen inexplicadas. Incluso en los experimentos científicos controlados se producen muchos fenómenos que carecen de explicación. Si se lee la columna de correspondencia de los lectores de una publicación científica o técnica —de química, por ejemplo—, se verá que aparecen allí las cartas de científicos que escriben sobre los artículos técnicos, y a menudo dicen «esto no está explicado», «aquello no está explicado». Y esos son experimentos controlados, no acontecimientos históricos. En los acontecimientos históricos, la mayor parte de las cosas permanece inexplicada, no se sabe lo que está ocurriendo. Al mirar hacia atrás es posible percatarse de lo que era importante, pero en el momento en que tiene lugar resulta imposible saberlo. Si la Casa Blanca fuera bombardeada mañana, después las agencias de inteligencia podrían descubrir indicios de lo que iba a suceder, pero eso no significa que pudieran descubrirlos antes. Los indicios estaban en su poder, pero sepultados bajo un alud de información irrelevante.

Además, para la administración habría sido un acto de absoluta demencia intentar algo semejante. Las posibilidades de que se produjeran filtraciones de esos planes son muy altas. Y nada permanece en secreto cuando hay demasiadas personas involucradas. El costo de una filtración de los planes habría sido enorme. Todos habrían sido enviados a la cámara de gas y, por supuesto, sus planes habrían sido destruidos, así como su poder político, obviamente. Y no hay nada parecido en la historia, así que habría sido una idea demencial: no hay antecedentes históricos, la evidencia es muy limitada. Y debo añadir que esto sirve para distraer la atención del público, y creo que ha desempeñado un papel muy negativo. Si alguien quiere jugar con teorías sobre conspiraciones, he aquí una teoría sobre una conspiración en la que no creo. Si a alguien le gusta... Y esta teoría de que el gobierno de los Estados Unidos se habría propinado un autogolpe puede haber sido creada por las agencias de inteligencia para distraer a las personas de empeñarse en acciones políticas serias y lanzarlas por canales irrelevantes en los cuales dedican sus energías a juntar retazos de información, para que no hagan lo que hay que hacer: enfrentarse al poder. Esa es la consecuencia.

A.P.: *¿Es posible llegar a una definición aceptable de terrorismo? Es claro que la definición en el sentido de que es «el arma de los pobres», vulgarizada después del 11 de septiembre, es literal y políticamente insostenible, como usted ha declarado en una conocida entrevista radial, toda vez que obvia el terrorismo de Estado ejercido por el gobierno de los Estados Unidos como una práctica sistemática y universal, previa al 11 de septiembre.*

Los ejemplos de Arbenz y Allende en América Latina, así como la Operación Mangosta y los intentos de asesinar a Fidel Castro, ilustran esto.

N.C.: Los Estados Unidos tienen una clase intelectual muy disciplinada, y un sistema propagandístico muy efectivo. Después de todo, se trata de un país muy poderoso; por tanto, sus percepciones e interpretaciones del mundo tienden a generalizarse, incluso las de personas que se consideran críticas. Lo cierto es que el actual gobierno estadounidense no declaró la guerra contra el terrorismo el 11 de septiembre, sino veinte años antes. Es, en buena medida, el mismo gobierno que estaba en el poder en 1981: la administración Reagan llegó al poder anunciando que lo que llamaban la guerra contra el terrorismo sería un aspecto central de la política exterior de los Estados Unidos, en primer lugar en Centroamérica, donde iban a defender el país del terrorismo. Y, por supuesto, se convirtió en una terrible guerra terrorista, como era de esperar.

Desde esa época, 1981, desde que lo anunciaron, yo mismo y otras personas —entre ellas Edward Herman—, hemos venido escribiendo sobre la guerra de los Estados Unidos contra el terrorismo. Y lo que usamos como referencia es la definición oficial del gobierno norteamericano, que describe el terrorismo más o menos como el empleo o la amenaza de empleo deliberados de la violencia para intimidar o controlar, sobre todo a la población civil, con el fin de alcanzar objetivos políticos, ideológicos, económicos u otros. La formulación es más o menos esa. Es una definición bastante razonable, y la del gobierno británico es similar. Y es buena. Pero nunca la usan, y hay buenas razones para ello. Si se usa, se puede llegar a varias conclusiones: por ejemplo, que los Estados Unidos son un Estado terrorista, ya que emplean esos medios todo el tiempo, como en los ejemplos que mencionaste. Además, están oficialmente comprometidos con el terrorismo: la llamada «doctrina de contrainsurgencia» cabe casi perfectamente en esa definición. Cuando se leen los manuales de contrainsurgencia, se aprecia que describen cómo emplear de modo deliberado la violencia para intimidar y controlar a poblaciones civiles con fines políticos y sociales. En otras palabras, se trata de terrorismo. Ahora bien, no se puede llegar a la conclusión de que los Estados Unidos están oficialmente comprometidos con el terrorismo y de que son un connotado Estado terrorista; de ahí que no se pueda usar la definición. Y por esa razón, se arguye con frecuencia que el terrorismo resulta muy difícil de definir. Es cierto que es difícil, si se anda en busca de una definición que incluya el terrorismo «de ellos contra nosotros», pero no «el nuestro contra ellos». Esa es una tarea muy difícil. Por eso hay que celebrar reuniones de

especialistas y académicos, y conferencias internacionales para tratar de encontrar la definición. Y es imposible.

Las definiciones oficiales han sido retiradas, pero no sustituidas por ninguna formulación sensata. No obstante, el terrorismo debería definirse exactamente como estaba definido oficialmente cuando se llevó a cabo la primera guerra contra el terrorismo. Y entonces se vería que, como la mayoría de las armas, el terrorismo es, ante todo, un arma de los fuertes. Los ejemplos que mencionaste lo dejan perfectamente en claro. No hay ejemplo más evidente que el de la Operación Mangosta contra Cuba, y cómo continuó ese terrorismo hasta fines de los años 90, al menos. Hay un documental titulado *Terrorismo* que muestra bajo todos los aspectos posibles la preocupación fundamental de la administración Reagan: la guerra contra Nicaragua. Esa fue una guerra terrorista, sea cual fuere la definición que se conciba. De hecho, los Estados Unidos fueron condenados por el Tribunal Internacional de La Haya por «uso ilegal de la fuerza», que no es más que terrorismo. Habrían sido condenados por el Consejo de Seguridad, de no ser porque los Estados Unidos vetaron la resolución.

No hay discusión posible, y se prolongó hasta los años 90. Tomemos, por ejemplo, el caso de América Latina. El país con el peor historial de derechos humanos en el hemisferio es, con mucho, Colombia, donde las fuerzas militares y paramilitares han estado estrechamente vinculadas a los Estados Unidos. Llevan a cabo continuamente horribles actos de terrorismo, y son el principal receptor de ayuda militar estadounidense. En 1999, Colombia superó a Turquía, para convertirse en el primer receptor mundial de ayuda, con la excepción de Israel y Egipto. En Turquía, por cierto, se lleva a cabo un terrible terrorismo de Estado contra los kurdos, y el Estado turco dependía casi completamente de los Estados Unidos en términos de apoyo militar y diplomático, apoyo que aumentó con el incremento de las atrocidades terroristas. Ese es un caso de apoyo al terrorismo. Turquía logró aplastar a la población kurda. Colombia aún no ha podido aplastar la insurgencia interna, de modo que reemplazó a Turquía como principal receptor de ayuda militar de los Estados Unidos.

¿Qué nos dice esto acerca del terrorismo auspiciado por el Estado? Que la administración Clinton estaba a la cabeza de su puesta en práctica. Y podríamos ver muchos ejemplos. No se trata de que otros Estados sean muy diferentes, sino de que los Estados Unidos disponen de mucho más poder y más medios de dominación; de modo que, naturalmente, acumulan más crímenes, incluido el de terrorismo de Estado.

Pero el concepto no es difícil de definir. Lo que es imposible es encontrar una definición que se ajuste a

los parámetros que se buscan. Y debo añadir que no es solo el caso de los Estados Unidos: sospecho que se trata de un universal histórico. Todavía no he encontrado un ejemplo que me lo desmienta. Todo el mundo define el terrorismo como «lo que ellos nos hacen a nosotros», y no como «lo que les hacemos a ellos». Y, obviamente, no hay ninguna posible definición que satisfaga esas condiciones.

Los nazis en la Europa ocupada, por ejemplo, describían a los guerrilleros como terroristas. Es cierto que realizaban actos terroristas. Y durante la revolución norteamericana, el gobierno y el ejército británicos consideraban terroristas a los revolucionarios norteamericanos. Lo cual era cierto: llevaban a cabo acciones que, desde el punto de vista de los británicos, eran terroristas. De hecho, lo consideraban terrorismo con apoyo foráneo, porque sabían perfectamente bien que sin el respaldo de la marina francesa los revolucionarios norteamericanos no habrían podido ganar. Se estaba desarrollando una gran guerra entre Francia e Inglaterra, y Francia tenía a algunos terroristas locales de su parte en las colonias de Norteamérica. Ese era el estado de la cuestión desde el punto de vista británico.

Y el caso se repite a lo largo de la historia, hay muchos ejemplos. La conclusión, entonces, es que los poderosos tienden a estar más involucrados en atrocidades terroristas. Los Estados Unidos han ordenado oficialmente el empleo del terrorismo. Tomemos de nuevo el caso de Colombia. La historia colombiana es de mucha violencia, pero dio un giro en 1962, durante la administración Kennedy, que pertenecía al extremo opuesto del espectro político. La Operación Mangosta no fue la única operación terrorista en que se encontraban involucrados. La administración Kennedy envió una misión militar a Colombia en 1962, encabezada por un general de las fuerzas especiales, quien le aconsejó al ejército colombiano emprender lo que calificó de «terrorismo paramilitar» contra elementos reputados de comunistas. En el contexto latinoamericano, la expresión «elementos reputados de comunistas» equivale a dirigentes sindicales, activistas de derechos humanos, sacerdotes, campesinos organizados, cualquiera que trate de defender algo. Y esa recomendación cambió el clima de manera drástica: aumentó el terrorismo de Estado. Ese fue el consejo que provino directamente de la administración Kennedy.

Y lo mismo es cierto en toda América Latina, no solo en el caso de Cuba. En 1962, la administración Kennedy reorganizó la ayuda militar para encaminarla —el pretexto de la ayuda militar había sido la defensa hemisférica— a la seguridad interna, ya no a la defensa hemisférica. Todos los latinoamericanos saben qué significa seguridad interna. Y esa decisión, adoptada en

El sistema político de los Estados Unidos es muy concentrado y dirige a la sociedad de manera muy sofisticada. Se invierte mucha energía en el control y en la modificación de las actitudes y creencias de la población.

1962, se expandió por todo el continente. Estuvo detrás del golpe militar en Brasil, que fue organizado durante la administración Kennedy, y después recorrió la América del Sur —el golpe de Estado contra Allende— y fue el tema central en la década de 1980 en América Central. Y, por supuesto, Cuba ha estado sometida a constantes ataques desde 1959.

A.P.: *En los Estados Unidos se constata un sensible constreñimiento de las libertades individuales y civiles post-11 de septiembre. Un gran aparato de seguridad, con poderes inusuales en la historia norteamericana más reciente: programas de vigilancia electrónica, apelaciones a denunciar posibles terroristas, controles en bibliotecas, entre otras medidas. Eso, más los avisos de eventuales amenazas terroristas, ha determinado que mucha gente tenga miedo..*

N.C.: Las leyes que se aprobaron son muy malas. No hay duda alguna: la Ley Patriótica es una ley muy peligrosa, y le concede al ejecutivo derechos de los que nunca disfrutó formalmente. Eso no quiere decir que no los haya ejercido, pero nunca se le habían concedido. La Ley Patriótica le concede al ejecutivo, a la Casa Blanca, el derecho a mantener personas en prisión sin juicio previo, sin acceso a sus familiares y abogados, y por tiempo indefinido, sin ser instruidas de cargos. Y ello incluye a los ciudadanos norteamericanos. Y en cierto sentido limitado, ello ha sido ratificado por los tribunales. Se trata de una medida extrema; nada parecido existe en una sociedad formalmente democrática.

Pero, por otro lado, la capacidad de aplicarla se ve muy restringida, de modo que la aplican a sectores vulnerables, a inmigrantes, a sectores pobres. No hay manera de que puedan aplicar esas leyes contra las personas que gozan de ciertos privilegios. Y en un país rico como los Estados Unidos, estos constituyen una buena parte de la población. Y no pueden hacerlo, porque estos les oponen resistencia. Y hay resistencia.

Por ejemplo, entre las estipulaciones de la Ley Patriótica se encuentra la de que las bibliotecas públicas deben entregar al FBI, a pedido de este, listas de personas que hayan consultado libros. Y las bibliotecas en todo el país se han negado a prestar ese servicio: destruyen sus registros de lectores. Hace un par de días sostuve un conversatorio en el centro de la Florida —en una zona de fuerte influencia de los cubano-

americanos— al que asistieron miles de personas. Y allí me enteré de que las bibliotecas de ese lugar se negaron a recibir fondos federales, porque ello suponía que incurrieran en la obligación de dejar revisar las computadoras de las bibliotecas. Hasta ahora es el único lugar en el que las bibliotecas han tomado esa decisión, pero, de manera muy generalizada, las bibliotecas se están negando a participar.

De hecho, era obvio que la administración Bush tenía la intención de adoptar medidas mucho más duras. Ya estaba estudiando lo que llamaban «Ley Patriótica II», que le habría concedido al gobierno el derecho a rescindir la ciudadanía, sin especificar sobre qué base, sino solo a partir de que el Fiscal General entendiera que un individuo constituía una amenaza para la seguridad interna. Nunca ha existido nada parecido. Pero en vez de proceder a adoptar leyes más severas, se han visto obligados a dar un paso atrás y defender la que ya ha sido aprobada. De modo que el fiscal general, John Ashcroft, recorre el país intentando defender la Ley Patriótica, en vez de demandar medidas más severas. Y eso es un reflejo de la oposición generalizada que se está levantando.

Es peligroso, pero no hay que exagerar. Esta administración no llega ni de lejos a lo que hizo la de Woodrow Wilson: el «temor rojo» durante la administración Wilson fue mucho peor que la situación actual. En esa época expulsaron a miles de personas del país, el movimiento obrero fue aplastado, el principal líder obrero de la historia del país, Eugene Debs, fue encarcelado. El candidato presidencial obtuvo una cantidad sustancial de votos al enviarlo a prisión por haber hecho críticas acerca de la Primera guerra mundial. Y permaneció en prisión. Cosas como esa son imposibles en la actualidad.

Ha habido episodios previos de fuerte represión, y la situación actual no se acerca a ellos. Además, cuando se compara con lo sucedido en el resto del mundo, la represión en los Estados Unidos es bastante moderada. Así que cuando la gente se queja de ella, le sugiero que mire a alguna de las dependencias norteamericanas y observe lo que sucede allí.

En resumen, sí, es una preocupación, pero hay mucha oposición, y no creo que se pueda llegar muy lejos.

A.P.: *Recientemente he estado releendo La manufactura del consenso. El libro sigue siendo, a mi juicio, un análisis clásico*

para entender los mecanismos y mediaciones que intervienen en el funcionamiento de los medios de difusión norteamericanos, cuya imagen de sí mismos queda implacablemente desdibujada cuando uno cierra el libro. Sin embargo, con frecuencia he escuchado críticas, no necesariamente originadas en el mainstream, que sostienen que su enfoque participa de alguna manera de la teoría conspirativa. A la luz del comportamiento de la prensa norteamericana durante las guerras en Afganistán e Iraq, ¿validaría hoy las conclusiones a las que usted y Edward Herman llegaron a fines de los 80?

N.C.: Son más válidas hoy que en aquella época. Y es curioso que se le llame teoría de la conspiración, porque, como señalamos, es básicamente una teoría del libre mercado. Es lo que se podría esperar en un mercado libre organizado en torno a grandes instituciones corporativas que producen algo, como cualquier corporación, y lo venden a un mercado. Los propietarios y el mercado, los vendedores y compradores tienen, sin dudas, un punto de vista, el compromiso con ciertas estructuras institucionales, con un poder estatal que es su instrumento y su tirano, como dijera Madison. Y sería un milagro que los medios de comunicación no reflejaran esos intereses. Ese es el modelo.

Los casos que mencionaste son ejemplos perfectos. Tomemos, por ejemplo, la guerra en Afganistán. La pregunta obvia es: ¿por qué bombardear Afganistán? Y la pregunta no se planteó. Se dio por sentado que teníamos todo el derecho de bombardear Afganistán. También se asumió que todo el mundo estaba de acuerdo con nuestro punto de vista. La organización Gallup —muy famosa, se cita todo el tiempo— realizó una encuesta internacional unas dos semanas después del 11 de septiembre, cuando ya se habían anunciado los bombardeos, pero aún no habían comenzado, y la pregunta que se les planteó a las personas en diversas partes del mundo fue: Suponga que quienes perpetraron el atentado del 11 de septiembre han sido identificados. ¿Estaría usted a favor de emprender acciones militares o diplomáticas? El mundo se mostró abrumadoramente a favor de las acciones diplomáticas. En América Latina fue donde se encontró menor apoyo a las acciones militares. América Latina tiene experiencia sobre las acciones militares de los Estados Unidos. El apoyo a una acción militar en la América Latina iba de 2% en México a, creo recordar, 11% en Colombia y Venezuela. Incluso en Panamá, donde la influencia norteamericana es muy fuerte, la oposición a una acción militar guardaba una proporción aproximada de 5 a 1. Y en Europa, el apoyo a una acción militar era de alrededor de 20%.

Las respuestas tenían como base la premisa de que quienes habían perpetrado el atentado habían sido identificados, pero lo cierto es que no lo habían sido, y aún no lo habían sido ocho meses después. Meses después del bombardeo, el jefe del FBI declaró ante el

Senado que los cuerpos de inteligencia norteamericanos no habían podido identificar la fuente de los atentados del 11 de septiembre. Lo que dijo fue: «Creemos que el complot puede haberse originado en Afganistán, pero que fue organizado en sus aspectos prácticos en Europa y en Arabia Saudita». Eso quiere decir que si la pregunta de la encuesta Gallup hubiera estado planteada en esos términos, nadie habría apoyado el bombardeo. Porque incluso asumiendo que quienes lo perpetraron habían sido identificados, el apoyo era prácticamente inexistente. Y no habían sido identificados ocho meses después. ¿Tú crees que algo de esto apareció en los periódicos? No se publicaron los resultados de la encuesta Gallup. La declaración del FBI sí se publicó, pero de manera tal que nadie entendía qué significaba. De hecho, lo que estaba diciendo el FBI era que el bombardeo de Afganistán era un crimen de guerra sin que mediara una provocación previa. Si se puede bombardear a un país porque «se cree» que en él se originó un complot, medio mundo debería estar bombardeando a los Estados Unidos. Sin dudas, Cuba y Nicaragua deberían hacerlo. Y Chile, y toda otra serie de países. Y no se trata de que «crean» que el complot que dio por resultado acciones terroristas se originó en los Estados Unidos, sino de que lo saben.

Pero para los medios de comunicación, o para la comunidad intelectual, estas preguntas ni siquiera pueden plantearse. Y cuando se plantean, son presas de convulsiones. Yo las planteo una y otra vez, y pierden todo control. No me refiero a la gente común: cuando hablo del asunto en el centro de la Florida, la gente entiende. Pero los intelectuales se enfurecen. De hecho, creo que nada ha enfurecido más a la comunidad intelectual de los Estados Unidos que estos comentarios después del 11 de septiembre. Cuando me pidieron que hablara del asunto, dije que, en términos de escala, no era tan inusual. Dije que una de las aventuras menores de Clinton había sido el bombardeo a una fábrica farmacéutica en Sudán, que probablemente había producido más o menos el mismo número de víctimas. Esa declaración produjo accesos de furia. Y en realidad yo estaba equivocado, porque el bombardeo probablemente produjo diez veces más muertos, aunque no hay pruebas, porque nadie investiga los crímenes que comete. Y en un país pobre de África nadie investiga nada. Pero los únicos estimados con los que contamos, de fuentes bastante confiables, nos indican que la cifra de muertos fue de decenas de miles, lo cual no es sorprendente cuando se bombardea la principal fábrica farmacéutica de un país pobre. Pero incluso mencionar ese dato se considera indignante, porque si los Estados Unidos quieren destruir una fábrica farmacéutica en un país africano pobre, incluso

sin ningún pretexto —y no había ningún pretexto—, no importa.

Supongamos que Sudán hubiera destruido la mitad de los suministros farmacéuticos de Israel, por ejemplo, o de los Estados Unidos, o de cualquiera de los otros países que sí importan. ¿Se describiría eso como una acción terrorista? Pero cuando los Estados Unidos se lo hacen a otro, nadie lo menciona. Y lo mismo sucede en el caso de Cuba, de Nicaragua, etcétera.

En Internet hay un interesante debate —se televisó y se puso en Internet— acerca de la Operación Mangosta. Pronuncié una conferencia en la Escuela de Gobierno de Harvard. Era una especie de «conferencia de lujo», un lugar adonde llevan a Kofi Anan y gente así. Por esa razón, los profesores tenían que asistir, aunque yo no soy su ser humano preferido. Así que los profesores asistieron, con aire de disgusto, junto a otras mil personas aproximadamente. La charla era sobre Iraq, y mencioné el terrorismo de los Estados Unidos contra Cuba, la participación de Kennedy, la Operación Mangosta, etc. Cité un par de documentos, y una de las citas era de Arthur Schlesinger, pero no mencioné al autor. Durante el debate posterior, el moderador me preguntó si me importaría que Ted Sorensen, que estaba en el público y quería hacer un comentario, lo hiciera. Le dije que estaba bien, así que se levantó e hizo un comentario muy interesante, en el que negó que tal cosa fuera cierta. Dijo que esa operación no había existido, que quizás la CIA había hecho algo de lo que el gobierno no tuvo noticia, que la Casa Blanca nunca supo nada sobre la cuestión... ¡y estaba hablando de algo dirigido por Robert Kennedy! ¡Y lo negó rotundamente!

No recuerdo sus palabras exactas, pero dijo que las declaraciones que yo citaba no existían. Yo no quería resultar insultante, pero me limité a responderle que había multitud de documentos sobre el asunto, y que había citado de documentos desclasificados, y que la declaración era de Arthur Schlesinger. Pero lo interesante es que no creo que los profesores consideraran que Sorensen decía algo inaceptable. Creo que la mayoría ignoraba el asunto. Y, por supuesto, los estudiantes lo ignoran. Toda la cuestión ha sido tan bien ocultada que Sorensen puede pararse en la Kennedy School, frente a distinguidos científicos políticos y especialistas en relaciones internacionales, y afirmar que la Casa Blanca nunca estuvo enterada de que existiera una operación de ese tipo, y que probablemente nunca existió, sin que nadie lo contradiga. Cierto que yo sí lo hice, pero queda como un asunto de su palabra contra la mía. La gente no lo sabe, y esto, nuevamente, tiene que ver con las maneras de controlar a las personas. En este caso no se trata solo de los medios de comunicación, sino también de la comunidad intelectual.

Y sucede a diario. El día antes de mi salida hacia Cuba, el *New York Times* publicó un artículo sobre un asunto que me interesa mucho personalmente: la represión estatal en Turquía. He estado en Turquía varias veces, en las zonas kurdas, sostengo relaciones con activistas turcos de derechos humanos, y otras personas que protestan contra el estado de cosas existente. En realidad, en su primer artículo, el periódico reconocía que en la década de los 90 había existido terrorismo en Turquía, pero después afirmaba que en el país no se había hablado del asunto por temor a las ejecuciones y a la represión. Es un comentario interesante, porque en realidad en Turquía no ha habido silencio: los intelectuales turcos son muy diferentes a los occidentales, son muy valientes, realizan incesantes protestas, llevan a cabo constantes acciones de desobediencia civil en algunas de las cuales he participado; y los envían a prisión, los castigan, pero ellos no suspenden sus protestas. Así que, en primer lugar, no ha habido silencio. Más interesante aún es el hecho de que sí ha habido silencio en los Estados Unidos, en el *New York Times*, y su artículo continuaba ese silenciamiento. La realidad es que todo esto se llevó a cabo porque primero la administración Reagan y después la de Carter enviaron enormes cantidades de armamentos a Turquía —suministraron 80% del armamento para llevar a cabo esas atrocidades— y le brindaron al gobierno turco apoyo diplomático. De otra forma, no se podría haber realizado. Acerca de ese hecho hay silencio. Y no por miedo a la muerte, sino por subordinación al poder. Y en el artículo se mantiene el silencio, ya que se critica falsamente a los turcos por su supuesto silencio. La realidad es que los turcos enfrentan verdaderas amenazas y no han sido silenciados. En los Estados Unidos, los medios de comunicación y los intelectuales no se enfrentan a ninguna amenaza real y, sin embargo, guardan silencio. Porque en los Estados Unidos hay que subordinarse al poder. Este no es un ejemplo de lo peor que sucede en el mundo, pero ilustra muy bien la subordinación voluntaria al poder, que sigue funcionando.

Hans Morgenthau, que es el fundador de las relaciones internacionales modernas y una personalidad muy respetada, en cierta ocasión condenó a los intelectuales norteamericanos, a los intelectuales occidentales, por lo que calificó de su «sometimiento conformista a quienes detentan el poder». Y tenía mucha razón: su voluntario sometimiento conformista. Y en el caso de los medios de comunicación, eso es patéticamente cierto. No se trata de una conspiración, de que alguien les ordene que lo hagan. Simplemente existe un conjunto de arreglos institucionales, de beneficios, marginación, presiones, que producen esos resultados, porque esa es la manera en que está

constituida la sociedad. Volvemos a tu pregunta de hace unos momentos: así es cómo se gobierna el país.

A.P.: *Algunos lo han identificado a usted —y quizás usted mismo lo ha hecho— con el ideal anarquista, que se parece al marxista en cuanto a luchar por una sociedad sin clases, en que el Estado llegue a extinguirse. ¿En qué sentido consideraría que ese ideal —marxista, anarquista— sigue significando una meta para la humanidad actual?*

N.C.: Eso es cierto hablando de marxistas como, por ejemplo, Lenin, en textos como *El Estado y la revolución*, y como objetivo a muy largo plazo. Por otra parte, cuando los bolcheviques asumieron el poder, fortalecieron el Estado, disolvieron las organizaciones campesinas y concentraron el poder en pocas manos. Es posible dar montones de argumentos de por qué tenían o no tenían que haberlo hecho, pero que ocurrió es indiscutible. La Unión Soviética terminó siendo una sociedad de clases con un Estado muy poderoso, y ello no se debió a los ataques externos.

Ahora bien, ¿se trata de un objetivo legítimo? Creo que es un objetivo muy legítimo, de la misma forma que poner fin a la esclavitud era un objetivo legítimo. Quién sabe cuánto tiempo tomará. Pasaron varios siglos antes de que se lograra poner fin a la esclavitud; en Occidente fueron necesarios siglos antes de que se reivindicaran los derechos de las mujeres, y en buena parte del mundo eso no sucede todavía. Cosas como esas requieren tiempo y esfuerzo, y no se avanza en ellas de manera lineal, sino que, en ocasiones, se retrocede para después volver a avanzar.

Yo creo que en un largo período de cientos de años podemos advertir un progreso hacia objetivos como esos, aunque hay fuerzas muy poderosas que derrotar antes de alcanzarlos. Pero, ¿se trata de un objetivo humano factible? No lo sabemos. Nadie sabe lo suficiente acerca de los seres humanos, de la naturaleza humana, para trazar un cuadro detallado de la sociedad que satisfaría adecuadamente las necesidades y preocupaciones humanas. De nuevo, esto tiene que ver con las capacidades humanas: los humanos se diferencian mucho de otros organismos que los antecedieron, pero los aspectos específicos de esa diferencia aún no se conocen muy bien; en realidad se conocen muy poco. Conocemos muy poco, incluso sobre la célula. Y es ese tipo de cuestiones las que se plantean cuando se pregunta cómo debería organizarse una sociedad. Hay que hacerlo experimentalmente, y se aprende del experimento. Pero tratar de trazar un cuadro detallado de cómo debe funcionar es, en mi opinión, prematuro. Muchos amigos no concuerdan conmigo, pero eso es lo que creo.

Transcripción y traducción: Esther Pérez.

© TEMAS, 2003.